

José Ángel Valente y la Mística de la nada

JOSÉ ÁNGEL VALENTE. FRAGMENTO DE UN LIBRO FUTURO
BARCELONA, GALAXIA / CÍRCULO DE LECTORES, 2000

ANA ISABEL BALLESTEROS DORADO

FRAGMENTOS DE UN LIBRO FUTURO, EDITADO MESES DESPUÉS DE LA MUERTE DE SU AUTOR (JULIO DE 2000), SE HA VISTO COMO UN TESTAMENTO LÍRICO Y COMO LA CULMINACIÓN DE UN ITINERARIO POÉTICO. EN EL LIBRO SE ENCUENTRAN POEMAS YA PRESENTES EN EL POEMARIO ANTERIOR, *NADIE*, DE 1997 (“SOS”, “LUCES HACIA EL PONIENTE”), QUE SIRVEN DE ENLACES EN ESA PRETENSIÓN DE CONTINUIDAD. PERO NO SÓLO ESO: SE APRECIA EN ESTA ENTREGA PÓSTUMA LA SÍNTESIS DE UNA POESÍA ORIENTADA A LA CONTEMPLACIÓN CALLADA DE LOS OBJETOS DE LA REALIDAD (CERO, MATRIZ DE LO POSIBLE, p. 50; Variación sobre un tema barroco, p. 51) en busca de la sabiduría. Poesía como reflejo de un callado aprendizaje y de la reflexión sobre lo contemplado. El paisaje se entiende como indicio en la aprensión de una verdad y como inspirador de una actitud (Tubinga, otoño tardío, 1991 p.15) y, a veces, la sucinta descripción de un cuadro propone al lector una intuición orientada al conocimiento (Paolo Ucello, pp. 44-45).

Los críticos han reiterado la tendencia “mística” de la poesía de Valente. En este sentido parecen hablar algunos versos, referidos a una soledad receptiva, con resonancias de San Juan de la Cruz:

Sólo la soledad resuena larga (...)

Escucha

*como (sic) en la soledad despierta,
inaudible, la pura raíz del aire*

(Segunda oda a la soledad, fragmento; p.25).

Y también a un vacío abierto a la compañía y en ella esperanzado:

*La puerta abre la casa hacia su adentro
donde no estás.*

Vacío.

Late

el corazón muy tenue, solo.

Todavía.

(Últimos días de 1995, p.59).

y unos versos que simulan el esfuerzo ascético y sus paradojas (“...la luz nace de la piedra” p.64) a través de los símbolos más estudiados por la poética de lo imaginario y que aluden a los esquemas de orientación especial antropológica.

*Bajé desde mi mismo
hasta tu centro, dios, hasta tu rostro
que nadie puede ver y sólo
en esta cegadora, en esta oscura
explosión de la luz se manifiesta*

(Tamquam centrum circuli, p.60).

Contribuyen a mirar el libro desde este prisma las citas con que se ha encabezado el libro, de Juan Ramón Jiménez y de Arnaut Daniel, respectivamente. La primera apunta hacia la ascesis; “Yo soy Arnaut que amontona el viento / y caza la liebre con el buey / y nada contra corriente”, según reza la traducción, y la segunda hacía el encuentro: “Dios del venir, te siento entre mis manos”. Hasta algún que otro poema parece permitir, por el uso lingüístico, una interpretación alusiva al misterio cristiano:

Como pan vino la palabra, (...)

*Vino, compartimos su íntima sustancia
en la cena final del sacrificio, (...)*

Palabra, cuerpo, espíritu.

El don había sido consumado

(Memoria, p.72)

La llegada a la “súbita presencia” (Presencia, p. 74) parece provocar después ese “Salí tras ti. / Devuélveme a tus ojos / que llevo en mis entrañas dibujados”, del poema “La nada” (p. 80). Este título resulta significativo, porque los mencionados son atisbos que no deben confundir. En realidad, campea a lo largo de todo el libro, repetidamente, una suerte de aceptación de una soledad radical, páramo de desolación: “El vacío deja el vacío” (Desde

el otro costado, p. 34; vid. también, "Vacío", p.85; "Fondo", p. 96). Incluso cuando parece estarse a punto de llegar a la plenitud:

*comienzan los senderos
que a su vez se entrecruzan
y se anulan hasta el súbito claro, repentino
lugar de un dios
que aquí se manifiesta,
¿cuál dios?
podríamos hacer en él nuestra morada,
en esta claridad
todo se disuelve:
la naturaleza madre me reduce,
me asume en sí, me devuelve a la nada
(El bosque, p. 53; vid. igualmente, p. 86).*

La muerte, en sus distintas manifestaciones, planea por todo el libro (p. 14). Si se encuentra en algún caso el temor de que la muerte no suponga una resurrección plena (elegía, p. 39), lo que implica una creencia en ella, en general el poeta proyecta una visión de la muerte como aniquilación. La muerte como disolución y la vida como incierta realidad de indescifrable sentido se ofrecen vinculadas en otro poema-eslabón, "Nadie" (p. 37) y en fragmento "Lotófagos" (p. 38).

Como el niño nombra a su madre cuando ésta le falte, quizá recordando la satisfacción proporcionada por su cercanía, los poemas de ausencia de San Juan de la Cruz cantan la unión con el Amado. Por el contrario, la continua alusión al vacío, a la negación, no parecen exposición del contraste entre una vivencia de encuentro místico y la carencia subsiguiente, sino la experiencia de la nada: "Este sueño, que acabo de soñar y en cuyo tenue borde te hiciste no visible, limita con la nada" ("Ausencia", p. 11; vid. también, fragmento XXXVII, p. 9), la comprensión de que tras la realidad sólo se oculta el vacío y de que la memoria constituye una suerte de tormento en su ilusoria recreación de lo muerto, de lo (¿ya?) inexistente: "El río lleva lento, hacia lo lejos, imágenes sin nombre, rostros muertos, el ritual aciado del adiós. Y tú, pálida sombra, en la cruel ruina de la memoria encuentras todavía fundamento" (Tubinga, otoño tardío, 1991, p. 15):

*Todo se deshacía en el aire.
La historia como el viento dorado del otoño
arrastraba a su paso los gemidos, las hojas, las cenizas,*

*para que el llanto no tuviera fundamento.
Disolución falaz de la memoria.
Parecía
como si todo hubiera sido para siempre borrado.
Para jamás, me digo.
Para nunca.*

(Sonderaktion, 1943, p.19).

La soledad no precipita el encuentro con el Otro, como en la espera ascética. Esta espesa soledad del libro de Valente supone la imposibilidad de alcanzar lo anhelado:

*Perdón, la luna (...)
Baja tú, la celeste, hasta el barro y la sangre
que en tu luz nos conciben.
Desciende, engendradora
de una especie infeliz que nunca
alcanzará su reino*

(El sacrificio, p. 82).

y la condena, cuando ya incluso la memoria abandona al yo poético: "Y no podemos recordar a quién habíamos amado. Pregunto: -¿Dónde estás? Pero ni siquiera yo mismo sabría quién puede responder. Llamo a todas las puertas. La única que se abre es la sola que no conoce el perdón" (p. 20).

La conciencia del fin trae consigo una desesperanza

*No sé si salgo o si retorno.
¿Adónde?
El fin es el comienzo.
Nadie
me dice adiós. Nadie me espera*
(Luces hacia el poniente, p. 27).

y para ésta no se propone sino la serenidad estoica: "Llorar por lo perdido cuando no deja huella el pie en la arena que no sea borrada por la cierta sucesión de las aguas" (p. 13) y, en una ocasión, la visión de él como morada: "Y el vacío de todo lo creado envolvente, materno, como inmensa morada" (Cabo de Gata, p. 21).

José Angel Valente reflexionó sobre la escritura mística en los ensayos recogidos en "LA PIEDRAY EL CENTRO" (1983) y en "VARIACIONES SOBRE EL PÁJARO Y LA RED" (1992) pero negó la pertenencia de su poesía a tal corriente. Este libro parece confirmar la tesis del propio autor. Quedémonos con otra clasificación mucho menos discutible, la de "poesía del silencio".